

PRIMERA PARTE

La persona es más que la guerra. (Extractos del diario de este libro). 1978-1985.

Escribo sobre la guerra...

Yo, la que nunca quiso leer libros sobre guerras a pesar de que en la época de mi infancia y juventud fueran la lectura favorita. De todos mis coetáneos. No es sorprendente: éramos hijos de la Gran Victoria. Los hijos de los vencedores. ¿Que cuál es mi primer recuerdo de la guerra? Mi angustia infantil en medio de unas palabras incomprensibles y amenazantes. La guerra siempre estuvo presente: en la escuela, en la casa, en las bodas y en los bautizos, en las fiestas y un vecinito me preguntó: “¿Qué hace la gente bajo tierra? ¿Cómo viven allí?”. Nosotros también queríamos descifrar el misterio de la guerra.

Entonces por primera vez pensé en la muerte...Y ya nunca más he dejado de pensar en ella, para mí se ha convertido en el mayor misterio de la vida.

Para nosotros, todo se originaba en aquel mundo terrible y enigmático. En nuestra familia, el abuelo de Ucrania, el padre de mi madre, murió en el frente y fue enterrado en suelo húngaro; la abuela de Bielorrusia, la madre de mi padre, murió de tifus en un destacamento de partisanos; de sus hijos, dos marcharon con el ejército y desaparecieron en los primeros meses de guerra, el tercero fue el único que regresó a casa. Era mi padre. Los alemanes quemaron vivos a sus familiares lejanos junto a sus hijos: a unos en su casa, a otros en la iglesia de la aldea. Y así fue en cada familia. Sin excepciones.

No conocíamos el mundo sin guerra, el mundo de la guerra era el único cercano, y la gente de la guerra era la única gente que conocíamos.

La aldea de mi infancia era femenina. De mujeres. No recuerdo voces masculinas. Lo tengo muy presente: la guerra la relatan las mujeres. Lloran. Su canto es como el llanto.

En la biblioteca escolar, la mitad de los libros eran sobre la guerra. Lo mismo en la biblioteca del pueblo, y en la regional, donde mi padre solía ir a buscar los libros. Ahora ya sé la respuesta a la pregunta “¿por qué?”. No era casualidad. Siempre habíamos estado o combatiendo o preparándonos para la guerra. O recordábamos cómo habíamos combatido. Nunca hemos vivido de otra manera, debe ser que no sabemos hacerlo. (...)

Estuve buscando... ¿Con qué palabras se puede transmitir lo que oigo? Yo buscaba un género que correspondiera a mi modo de ver el mundo, a mi mirada, a mi oído.

Un día abrí el libro *Soy de la aldea en llamas*, de A. Adamóvich, Y. Bril y V. Kolésnik. Solo una vez había experimentado una conmoción similar, fue al leer a Dostoievski. La forma del libro era poco convencional: la novela está construida a partir de las voces de la vida diaria. De lo que yo había oído en mi infancia, de lo que se escuchaba en la calle, en casa, en una cafetería, en un autobús. ¡Eso es! El círculo se había cerrado. Había encontrado lo que estaba buscando. Lo que presentía.

A lo largo de dos años, más que hacer entrevistas y tomar notas, he estado buscando. Leyendo. ¿De qué hablará mi libro? Un libro más sobre la guerra... ¿Para qué? Han habido miles de guerras. Y los libros que hablan de guerras son incontables. Sin embargo...siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la “voz masculina”. Las mujeres mientras tanto guardan silencio. Guardan silencio incluso si estuvieron en la guerra. Y si de pronto se ponen a recordar, no relatan la guerra “femenina”, sino la “masculina”. Se adaptan al canon. (...). Durante mis viajes de periodista, en muchas ocasiones, he sido la única oyente de unas narraciones completamente nuevas. Y me quedaba asombrada, como en la infancia. En los relatos se entreveía el tremendo rictus de lo misterioso. En lo que narran las mujeres no hay, o casi no hay, lo que estamos acostumbrados a leer y a escuchar: cómo unas personas matan a otras de forma heroica y finalmente vencen. O cómo son derrotadas. O qué táctica se usó y qué generales había. Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana.

¿Y por qué? Me preguntaba a menudo. ¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? Falta de confianza. Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida... Yo quiero escribir la historia de esta guerra. La historia de las mujeres.

Tras los primeros encuentros....

La sorpresa. Los profesionales militares de las mujeres eran: instructora sanitaria, francotiradora, tirador de ametralladora, comandante de cañón antiaéreo, zapadora... Ahora esas mismas mujeres son contables, auxiliares de laboratorio, guías turísticas, maestras... Los roles no coinciden. Al recordar parece que evocan a otras chicas. Ante mis ojos veo cómo la Historia se humaniza.

Algunas de las mujeres son narradoras extraordinarias, en sus vidas hay páginas capaces de competir con las mujeres en las páginas de los libros de literatura. (...) Los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida. Recordar es, sobre todo, un acto creativo. Al relatar, la gente crea, redacta, su vida. A veces añaden algunas líneas o reescriben. Entonces tengo que estar alerta, en guardia. Y al mismo tiempo, el dolor derrota cualquier nota de falsedad, la aniquila. (...)

Paso largas jornadas en una casa o en un piso desconocidos, a veces son varios días. Tomamos el té, nos probamos blusas nuevas, hablamos sobre cortes de pelo y recetas de cocina. Miramos fotos de nietos. Y entonces... siempre transcurre el tiempo y de repente surge el esperado momento en que la persona se aleja del canon, fraguado de yeso o de hormigón armado, igual que nuestros monumentos, y se vuelve hacia el interior. Deja de recordar la guerra para recordar su juventud. Un fragmento de su vida. Hay que atrapar ese momento. ¡Que no se escape! A menudo, después de un largo día atiborrado de palabras, hechos y

lágrimas, en tu memoria tan solo queda una frase, pero ¡qué frase!: “Fui al frente siendo tan pequeña que durante la guerra crecí un poco”. Es la frase que anoto en mi libreta, aunque en la grabadora haya decenas de metros de cinta. Cuatro o cinco cassettes...(…)

El ser humano es más grande que la guerra...

La memoria retiene solo aquellos instantes supremos. Cuando el hombre es motivado por algo más grande que la Historia. He de ampliar mi visión: escribir la verdad sobre la vida y la muerte en general, no limitarme a la verdad sobre la guerra. Partir de la pregunta de Dostoievski: ¿cuánto de humano hay en un ser humano y cómo proteger al ser humano que hay dentro de ti? Indudablemente el mal es tentador. Y es más hábil que el bien. Es atractivo. Me rehundo en el infinito mundo de la guerra, lo demás ha palidecido, parece más trivial. Un mundo grandioso y rapaz. Empiezo a entender la soledad del ser humano que vuelve de allí. Es como regresar de otro planeta. (...)

Como mínimo somos tres los que participamos de la conversación: el que habla, la persona tal como fue en el pasado y yo. Mi objetivo es conseguir la verdad de aquellos años. De aquellos días. Sin que la falsedad de los sentimientos la enturbie. Inmediatamente después de la guerra, la persona cuenta una guerra determinada, pero pasadas unas décadas es evidente que todo cambia, porque la vida del narrador se cuela entre sus recuerdos. Todo su ser. Lo que ha vivido en esos años, lo que ha leído, lo que ha visto, a los que ha conocido. Y hasta su felicidad o su desgracia. Los documentos son seres vivos, cambian, se tambalean junto a nosotros, son una fuente de la que siempre se puede extraer algo más. Algo nuevo y necesario justo ahora. En este preciso instante. ¿Qué estamos buscando? No buscamos hazañas y los actos heroicos, sino lo sencillo y humano, lo que sentimos más cercano. Por decir algo, ¿qué es lo que más me gustaría saber sobre la Grecia antigua? ¿Y de la historia de Esparta? Me gustaría leer de qué hablaba la gente en sus casas. Cómo se marchaban a la guerra. Qué palabras decían el último día y la última noche a sus amados. Cómo se despedían a los guerreros. Cómo esperaban que volvieran de la guerra. No a los héroes y a los comandantes, sino a los jóvenes sencillos...

La Historia a través de las voces de testigos humildes y participantes sencillos, anónimos. Sí, eso es lo que me interesa, lo que quisiera transformar en literatura. Pero los narradores no solo son testigos; son actores y creadores, y en último lugar, testigos. Es imposible afrontar la realidad de lleno, cara a cara. Entre la realidad y nosotros están nuestros sentimientos. Me doy cuenta de que trato con versiones, de que cada uno me ofrece la suya. De cómo se mezclan y entrecruzan nace el reflejo de un tiempo y de las personas que lo habitan. De mi libro no me gustaría que dijeran “sus personajes son reales, y eso es todo”. Que no es más que historia. Simplemente historia. (...)

Me dicen: “Bueno, los recuerdos no son historia y tampoco son literatura”. Simplemente son la vida, llena de polvo y sin retoque limpiador de la mano del artista. Una conversación cualquiera está repleta de materia prima. Es justo ahí, en la calidez de la voz humana, en el vivo reflejo del pasado, donde se ocultan la alegría original y la invencible tragedia de la existencia.

Lo que más me interesa no es el suceso en sí, sino el suceso de los sentimientos. Digamos, en el alma de los sucesos. Para mí, los sentimientos son la realidad.

¿Y la historia? Está allí, fuera. Entre la multitud. Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Cada uno cuenta a gritos su propia verdad. La pesadilla de los matices. Es preciso oírlo todo y diluirse en todo, transformarse en todo esto. Y al mismo tiempo, no perderse. Fundir el habla de la calle y de la literatura.

(...)

El manuscrito lleva mucho tiempo sobre la mesa...

llevo dos años recibiendo cartas de rechazo de las editoriales. Las revistas guardan silencio. El veredicto es siempre el mismo: es una guerra demasiado espantosa. El horror sobra. Sobra naturalismo. No es una guerra correcta. ¿Y cómo es entonces la correcta? Con los héroes y los actos de valentía. (...) La historia de la guerra ha sido reemplazada por la Historia de la Victoria. Pero que el hombre nos contará.

Diecisiete años más tarde. 2002-2004.

Leo mi viejo diario...

Intento recordar la persona que fui al escribir el libro. Ya no existe, y no existe el país donde vivíamos entonces. El mismo país que defendía y por el que daban la vida, entre 1941 y 1944. El mundo al otro lado de la ventana había cambiado: un milenio nuevo, guerras nuevas, armas nuevas y un hombre ruso (ruso-soviético) inesperadamente transformado. Llegó la Perestroika de Gorbachov. Mi libro se publicó enseguida, la tirada fue increíble: 2 millones de ejemplares.

Estoy pensando que ahora haría otras preguntas y escucharía otras respuesta. Y habría escrito otro libro, no uno completamente diferente, pero otro libro. Los documentos con los que trabajo son testimonios vivos, no se solidifican como la arcilla al secarse. No enmudecen. Se mueven de un lado a otro. ¿Qué es lo que les preguntaría ahora? ¿Qué me gustaría añadir? Hubiera intentando profundizar en la naturaleza humana, en su subconsciente. En el misterio de la guerra.

(...)

Hace unos días recibí una carta: “Nuestras vida, la vida de los viejos, resulta muy dura... No sufrimos por las pensiones, insuficientes y humillantes. Lo que nos hiere por encima de todo es que nos arrancaron de un gran pasado y nos echaron a un presente insoportablemente pequeño. Ya nadie nos invita a hacer ponencia en los colegios, en los museos, ya no nos necesitan. Abres el periódico y leer que los nazis eran unos magnánimos, y los soldados de nuestro ejército parecen cada vez más monstruosos”.

El tiempo también es la patria...Pero quiero a esas mujeres como eran antes. No quiero su tiempo, las quiero a ellas.

Voces de las protagonistas

“En un instante, el mundo había cambiado... recuerdo los primeros días... por las noches mi madre se acercaba a la ventana y rezaba. Yo no sabía que creía en Dios. Miraba el cielo sin parar...

Me reclutaron, yo era médico de profesión. Me motivaba el sentido del deber. Mi padre estaba feliz de que su hija combatiera en el frente. De que defendiera la Patria. Fue a la oficina de reclutamiento por la mañana temprano. A recoger mi certificado. Fue tan temprano con toda la intención: que que todos en la aldea vieran que su hija se iba al frente...”

Efrosini Grigórievna Breus, capitán, médico.

“Los alemanes entraron a nuestra aldea.... Iban en motocicletas, grandes y negras... Me los quedé mirando, eran jóvenes y alegres. Se reían sin parar. ¡A carcajadas!. A mí se me paraba el corazón: estaban ocupando nuestra tierra y encima se reían.

Mi único sueño era vengarme. Me imaginaba muriendo heroicamente y que después alguien me dedicaba un libro. Que mi nombre perduraba en el recuerdo.

En 1943 tuve a mi hija... Mi marido y yo ya nos habíamos ido al bosque, con los partisanos. Di a luz en un pantano, sobre un montón de paja. Secaba los pañales con el calor de mi cuerpo, me los colocaba en los senos, se secaban un poco, se calentaban y volvía a ponérselos. A nuestro alrededor todo ardía, quemaban las aldeas, las casas con la gente. O encerraban a la gente dentro de una escuela, de una iglesia... Echaban queroseno... Mi sobrina de cinco años, ella escuchaba nuestras conversaciones, me preguntó: 'Tía, ¿qué quedará de mí cuando me quemen? Solo las botas...'. Era lo que nos preguntaban nuestros hijos...

Yo misma recogía los restos quemados.... Recogí a la familia de mi amiga... La gente buscaba huesos, pedacitos de ropa, lo que fuera, tratábamos de reconocer de quién eran. Yo encontré un pedazo de ropa, mi amiga dijo: 'Es la blusa de mi mamá...' Y se desmayó. La gente envolvía los huesos en sábanas y en fundas de cojines. En lo que teníamos a mano. Nosotras fuimos con un bolso, con lo que recogimos no lo llenamos ni a la mitad. Lo depositamos en una fosa común. (...)

Después de aquello ya nada me daba miedo. Mi hija era muy pequeñita, a los tres meses me la llevaba a las misiones. Tenía que ir a la ciudad y a traer medicamentos, vendas, sueros... Los escondía entre las piernas y los bracitos de mi hija. En el bosque había heridos. Tenía que ir. ¡Debía hacerlo! Nadie más podía hacerlo, nadie podía pasar, en todas partes había patrullas alemanas....Pero yo sí. Con mi bebé. Envuelto en pañales.

Me cuesta confesarlo... ¡Es difícil! Cogía sal y frotaba a mi hija con ella para que le subiera la fiebre, para que llorara. Se ponía roja, la erupción le brotaba por todo el cuerpo, lloraba, gritaba a pleno pulmón. Me paraban en el puesto de control y yo les enseñaba a la niña: 'Tifus, señor... Tifus'. Al instante me echaban de allí, me arreaban para que me fuera cuento antes.

Cuando dejábamos atrás los controles y entrábamos en el bosque, yo rompía a llorar. Me daba tanta pena la pobre cría. Y en un par de días iba otra vez...”

María Tomiféievna Saviskaia-Radiukévich.

Enlace de un regimiento de partisanos.

“A mi madre y a mí nos evacuaron... A la ciudad de Sarátov... En unos meses aprendí el oficio de tornera. Las jornadas de trabajo eran de veinte horas. Pasamos hambre. Yo lo único que tenía en mente era conseguir ir al frente. Buena o mala, allí había comida. Habría galletas y té con azúcar. Racionaban la mantequilla. No recuerdo lo que nos dijo. ¿Tal vez fueron los heridos de la estación de trenes? Queríamos escapar del hambre. Fui con una amiga a la oficina de reclutamiento, pero no dijimos que trabajábamos en la fábrica. Si lo hubiera sabido, no nos habrían admitido. Pero nos inscribieron.

Nos enviaron a la Escuela de Infantería de Riazán. Salimos de allí con licencia de comandante de la escuadra de ametralladoras. La ametralladora pesaba mucho, cargábamos con ella. Como unos caballos. De noche había que hacer guardia, estábamos atentas al más mínimo ruido. Como lince. Controlábamos cualquier susurro... Se dice que en la guerra te conviertes en mitad humano, mitad animal. Totalmente cierto... No hay otra forma de sobrevivir. Si te limitas a ser humano, no hay salvación. ¡Perderás la cabeza! En la guerra uno debe recordar algo perdido dentro de sí. Algo cercano...algo que procede de tiempos en que el hombre no era del todo humano. No soy una persona culta, soy una simple contable, pero sé lo que digo.

Acabé la guerra en Varsovia... Y lo hice todo de pie. Ya lo dicen, la infantería es el proletariado de la guerra. Avanzábamos arrastrándonos...No me pregunté más...No me gustan los libros sobre guerra. Sobre héroes. Estábamos todos hechos una ruina, tosiendo, sin dormir, mal vestidos, así éramos. A menudo hambrientos... Pero, ¡ganamos la guerra!...”

Liubov Ivánovna Lùbchik,

comandante de la escuadra de ametralladoras.

“1942... Me nombraron comandante de división. El comisario político del regimiento me avisó: 'Tenga usted en cuenta, capitán, que la suya es una división singular, una división de chicas. La mitad de los efectivos son muchachas, y ellas requieren un tratamiento espacial, una atención y un cuidado espaciales’. Por supuesto, yo ya tenía conocimiento de que las muchachas servían en el ejército, pero no lo veía nada claro. Nosotros, los oficiales profesionales, observábamos con

cierto recelo cómo el sexo débil aprendía el arte militar, que desde siempre se había considerado una tarea masculina. Por poner un ejemplo: una enfermera es algo habitual. Ya habían acreditado su capacidad en la Primera Guerra Mundial y luego durante la guerra civil. Pero ¿qué iba a hacer una chica en la artillería antiaérea, donde es necesario levantar proyectiles muy pesados? ¿Cómo alojarlas en la batería, donde solo hay una covacha, teniendo en cuenta que las unidades también incluyen hombres? Tendría que pasarse horas ajustando la trayectoria, observando y todos los instrumentos son metálicos, los asientos de los cañones son metálicos... Hablamos de chicas, su salud no lo aguantaría. Al fin y al cabo ¿dónde se lavarían y secarían el pelo? Surgían un sinnúmero de preguntas, era una situación insólita...

Comencé a visitar las baterías, a tomar notas. Reconozco que me sentía algo cohibido: la chica con el fusil colocada en su puesto, la chica con los prismáticos en la torre... Yo venía de las posiciones avanzadas, del frente. Las chicas eran tan distintas: tímidas, medrosas, coquetas, aunque también decididas, ardientes. No todo el mundo es capaz de someterse a la disciplina militar y la naturaleza femenina se opone al régimen del ejército. Un día una olvidaba lo que se había ordenado, al día siguiente otra recibía una carta de su casa y se pasaba la mañana llorando. Yo les aplicaba castigo correspondiente, pero luego lo suspendía: me daban pena. Pensaba: 'Estoy perdido'. No obstante, pronto tuve que descartar todas mis dudas. Las muchachas se convirtieron en auténticos soldados. Con ellas recorrimos un duro camino. Vengan a verme. Tendremos una larga conversación.”

I.A Levitski,
ex comandante de la Quinta División del Regimiento de Artillería Antiaérea número 784.

En una ocasión, una mujer que había sido piloto de aviación me negó la entrevista. Por teléfono me explicó: “No puedo... No quiero recordar. Pasé tres años en la guerra... Y durante esos tres años no me sentí mujer. Mi organismo quedó muerto. No tuve menstruación, casi no sentí los deseos de una mujer. Yo era guapa... Cuando mi marido me propuso matrimonio... Fue en Berlín, al lado del Reichstag.... me dijo: 'La guerra se ha acabado. Estamos vivos. Hemos tenido suerte. Cásate conmigo'. Sentí ganas de llorar. De gritar. ¡De darle una bofetada! ¿Matrimonio? ¿En ese momento? ¿En medio de todo aquello me habla de matrimonio? Entre el hollín negro y los ladrillos quemados... Mírame... ¡Mira cómo estoy! Primero, haz que me sienta mujer: regálame flores, cortéjame, dime palabras bonitas. ¡Lo necesito! ¡Lo estoy esperando tanto!... Por poco le pego. Quise pegarle... Tenía quemaduras en una de las mejillas, estaba morada, vi que lo entendió todo, que las lágrimas chorreaban por esas mejillas. Por las cicatrices recientes.... Y sin darme cuenta de que lo estaba haciendo, yo ya le decía: 'Sí, me casaré contigo’”.

Piloto de aviación

SEGUNDA PARTE

“Yo fui la única que regresé con mi madre...” (pp. 114-134)

Nina Yákovlevna Vishnévskaja, auxiliar de compañía, técnica sanitaria del batallón de carros de combate:

«¿Por dónde empiezo? He preparado un texto para ti... Pero, bueno, hablaré de corazón. Tal y como fue... Te lo contaré como a una amiga... »

Para empezar, en las tropas de vehículos de combate, a las chicas nos aceptaban con desgana. Mejor dicho, no nos aceptaban. ¿Que cómo logré entrar?...»

Yo vivía con mi familia en la ciudad de Konákovo, en la región de Kalíninskaia. Acababa de aprobar los exámenes del octavo curso y pasaba a noveno. Ninguno de nosotros comprendía entonces qué era una guerra, nos lo tomábamos como juego, como un libro de aventuras. Nos habían educado para abrazar el romanticismo revolucionario, los ideales. Nos creíamos a pies juntillas lo que decían los rotativos: la guerra acabaría pronto. Pero de un día para otro... »

Vivíamos en un enorme piso compartido junto con otras muchas familias, y cada día alguien se marchaba al frente: tito Petia, tito Vasia... Los acompañábamos hasta la estación. Nosotros, los niños, lo vivíamos llenos de curiosidad. Los despedíamos desde el andén... La orquesta tocaba, las mujeres lloraban, pero todo aquello no nos espantaba, al revés, nos divertía. La fanfarria siempre tocaba la misma marcha: El adiós de Slavianka. Nos entraban ganas de subir al tren y viajar con ellos. Al son de aquella música. Teníamos la sensación de que la guerra estaba en algún lugar lejano. Yo, por ejemplo, me quedaba pasmada admirando los botones de las guerreras, me encantaba su brillo. Enseguida me apunté al cursillo de voluntariado de los auxiliares de sanidad, pero los acontecimientos se percibían de manera muy infantil. Como un juego. Después cerraron el colegio y nos movilizaron para la construcción de obras defensivas. Nos alojaron en unos cobertizos, a campo abierto. Nos sentíamos incluso orgullosos: por fin íbamos a participar en alguna tarea relacionada con la guerra. Entramos a formar parte del llamado “batallón de los débiles”.. Trabajábamos desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, doce horas diarias. Cavábamos zanjas antitanques. Éramos todos unos niñatos que no pasábamos de los quince o dieciséis años... Una vez, mientras trabajábamos, oímos unas voces: uno gritaba “¡Cuidado con los aviones!”; otro, “¡Alemanes!”. Los adultos se precipitaron a esconderse, pero nosotros nos moríamos de curiosidad: ¿cómo serían los aviones alemanes?, ¿cómo serían los alemanes? Pasaron por delante de nosotros, no vimos nada. ¡Vaya disgusto!... Poco después dieron media vuelta y realizaron un vuelo rasante. Todos pudimos ver las cruces negras. No teníamos ni una pizca de miedo, solo curiosidad. Y de repente comenzaron a disparar las ametralladoras, a segar, delante de nuestros ojos iban cayendo los compañeros con quienes habíamos estudiado y trabajado. Llegó el estupor, no lográbamos entender qué ocurría. Seguíamos allí, plantados, observando...Estábamos como anclados... Los adultos venían a todo correr y nos tiraban al suelo, pero nosotros seguíamos igual que antes, no teníamos miedo... »

Al poco tiempo los nazis ya estaban muy cerca de la ciudad, como a unos diez kilómetros, podíamos oír los cañonazos. Fui corriendo junto a otras chicas a la oficina de reclutamiento: eso, aquello, ha llegado nuestra hora, queremos defendernos, ir en pandilla. Sin dudarle ni un instante. Pero no nos admitían a todas, solo a las muchachas más resistentes y fuertes, y, ante todo, a las que ya tenían los dieciocho cumplidos. A las jóvenes comunistas de expedientes intachables. Había un capitán seleccionando chicas para una unidad de vehículos de combate. A mí, por supuesto, no quiso ni escucharme porque solo tenía diecisiete años y medía un metro sesenta. »

—Si un soldado de infantería —me explicaba— recibe una herida, caerá al suelo. Usted podría acercarse a él a rastras y vendarle allí mismo, o bien tirar de él hasta un refugio. Un tanquista es otra historia... Si queda herido dentro del carro, hay que sacarlo por la escotilla. ¿Cómo va usted a sacar a un hombre fuera de un tanque? ¿Sabe lo robustos que son los tanquistas? Y para meterse en un tanque hay que trepar mientras le disparan; las balas, la metralla... ¿Sabe lo que es un carro en llamas?

»—¿Acaso no soy una joven comunista como las demás? —Me puse a llorar.

»—Claro que lo es. Una joven comunista pequeña.

»A mis amigas, con las que iba al cursillo de auxiliares sanitarios —eran unas chicas altas, fuertes— las aceptaron a todas. Me ponía triste que ellas se fueran y yo me quedase.

»A mis padres, por descontado, no les dije nada. Cuando fui a despedirme de las chicas, se compadecieron de mí y acabaron escondiéndome en el camión, debajo de la lona. Viajábamos en un camión abierto, todas con pañuelos de distintos colores: negro, azul, rojo... Y yo con la cabeza envuelta en una blusa de mi madre. Como si fuéramos a cantar en un coro de aficionadas. ¡Vaya pinta! ... Sonríe siempre que me acuerdo de eso... Shura Kiseliova hasta se llevó su guitarra. Viajábamos, ya se veían las trincheras, los soldados nos vieron y se pusieron a gritar: “¡Llegan las artistas! ¡Llegan las artistas!”.

»Paramos delante del Estado Mayor y el capitán dio la voz de mando: “Bajen y pónganse en fila”. Me puse la última. Las demás muchachas con sus bártulos, yo sin nada. Como me había metido en el camión de improviso, no llevaba nada. Shura me dio su guitarra: “Al menos tendrás algo en las manos”.

»Salió el jefe del Estado Mayor, el capitán anunció:

»—¡Camarada teniente coronel! Estas doce chicas están a sus órdenes para prestar el servicio militar. »El otro miró. —No son doce, sino trece. »El capitán a lo suyo.—No, camarada teniente coronel, son doce. —Tan convencido estaba de que éramos doce. Se giró, miró y me vio enseguida—. ¿De dónde has salido tú?

»Yo como si nada.

»—He venido a combatir, camarada

capitán.

»—¡Acércate!»—He venido con mi amiga...

»—Con tu amiga te vas a bailar.

Aquí estamos en la guerra. Acércate.

»Tal como estaba, con la blusa de mi madre puesta en la cabeza, caminé hacia él. Les mostré mi carnet de auxiliar sanitaria. Y empecé a suplicar: »—Señores, no tengan duda, soy muy fuerte. He trabajado como enfermera... He donado sangre... Por favor...

»Estudiaron mis papeles y el teniente coronel ordenó:

»—¡Envíenla a casa! ¡Con el primer vehículo de paso!

»Y mientras esperábamos su llegada, temporalmente, me designaron a la sección sanitaria. Me quedaba allí preparando los tapones de gasa. En cuanto veía un coche llegar al Estado Mayor, me escondía en el bosque. Esperaba allí un par de horas, el vehículo se alejaba y yo volvía a mis tapones. Lo hice así durante tres días, hasta que nuestro batallón entró en combate. El Primer Batallón de la Trigésima Segunda Brigada de Carros de Combate. Mientras todos combatían, yo preparé las covachas para los heridos. En menos de media hora comenzaron a llegar los heridos... Y muertos... En aquel combate perdió la vida una de nuestras chicas. En fin, se olvidaron de que me tenían que devolver a casa. Se acostumbraron a mí. Los superiores ya ni se acordaban...

»¿Siguiente paso? Tenía que vestirme de uniforme. Nos entregaron unos macutos para que guardáramos nuestras cosas. Eran nuevos, por estrenar. Al mío le corté las correas, le descosí la parte de abajo y me lo puse por encima. Ya tenía la falda militar. Por algún sitio encontré también una camisa sin demasiados agujeros, me puse un cinturón y me fui con las chicas por ahí, a

presumir un poco. Estaba enseñándoles el modelito a mis compañeras cuando en la covacha entró el cabo, seguido del comandante de la unidad.

»El cabo:

»—¡Fir-rrr-mes!

»Entró el teniente coronel, el cabo informó:

»—¡Camarada teniente coronel! Se ha detectado un suceso inesperado. Les he suministrado los macutos a las chicas y una de ellas se ha metido dentro.

»El comandante me reconoció.

»—¡Así que eres tú! ¡La que se nos coló!... Bueno, cabo, es necesario uniformar debidamente a todas las muchachas.

»¿Qué ropa nos daban? Los tanquistas llevaban pantalones de lona con refuerzo en las rodillas. A nosotras nos dieron unos monos de tela fina, de algodón. La tierra estaba mezclada con fragmentos de metal, cubierta de piedras arrancadas... Al poco tiempo andábamos otra vez harapientas, porque nosotras no íbamos dentro de los carros, sino que avanzábamos a rastras por el suelo. Los carros a menudo ardían. El tanquista, si sobrevivía, acababa cubierto de quemaduras. Nosotras igual, porque para sacar a un hombre envuelto en llamas también tienes que meterte en el fuego. Resultó verdad... Es realmente difícil extraer a un hombre por la escotilla, sobre todo si era tirador de torreta. Y un muerto pesa más que un vivo. Pronto lo averigüé...

»Llegamos allí sin la instrucción necesaria, no nos aclarábamos con los rangos. El cabo nos decía todo el rato que, si queríamos ser soldados, teníamos que saludar a nuestros superiores, cuidar nuestro aspecto y abotonarnos el capote.

»Los demás soldados, viéndonos, a unas chicas tan jóvenes, nos gastaban bromas a todas horas. Una vez, los de la unidad sanitaria me enviaron a buscar el té. Fui a buscar al cocinero. Me miró.

»—¿Qué quieres?

»Le dije:

»—El té...

»—No está listo.

»—¿Por qué?

»—Los cocineros nos tenemos que lavar primero. Nos lavamos en las ollas.

Cuando acabemos, herviremos el agua...

»Me lo tragué. Le tomé en serio. Recogí mis cubos y me di media vuelta. Mientras volvía, me crucé con el médico.

»—¿Cómo es que traes los cubos vacíos? ¿Dónde está el té?

»Le respondí tal cual:

»—Los cocineros todavía tienen que lavarse en las ollas. El té no está listo todavía.

»El pobre se llevó las manos a la cabeza.

»—¿Qué cocineros? ¿Qué ollas?

»Me envió de vuelta, abroncó al cocinero y me llenaron los dos cubos deté. Iba caminando, con los cubos llenos, cuando vi llegar a mi encuentro al jefe de la sección política y al comandante de brigada. Enseguida me acordé de que un soldado debía saludar a sus superiores. Pero iban dos juntos. ¿Cómo iba a saludar a los dos al mismo tiempo?

Avancé unos pasos pensando en cómo apañármelas. Entonces dejé los cubos en el suelo, levanté las dos manos saludando e hice sendas reverencias a uno y a otro. Ellos, que mientras andaban apenas se habían fijado en mí, con aquellos saludos se quedaron estupefactos.

»—¿Quién te ha enseñado a rendir honores?»—El cabo. Dice que hay que saludar a todos y cada uno de los superiores. Como ustedes dos van juntos...

»Para nosotras, las chicas, todo en el ejército resultaba difícil. ¡Lo que nos costaba aprendernos las insignias! Cuando

llegamos, aún se usaban los rombos, los cubitos, las rayas... Vete a saber qué rango tenía ese o aquel. Ordenaban: “Llévale este paquete al capitán”. ¿Y cómo sabré quién es?

Mientras le buscabas, hasta la palabra «capitán» se te escapaba volando de la cabeza. Llegabas y soltabas:

»—Señor, señor, el otro señor me ha ordenado entregarle esto...—¿Qué otro señor?

»—Ese que siempre lleva camisa. Sin la guerrera.

»La memoria no era capaz de retener si eran tenientes o capitanes, solo si era apuesto o feo, pelirrojo o alto. “¡Ah, vale, aquel alto!”, decíamos.

»Claro que... Cuando vi esos monos quemados, los brazos quemados, los rostros quemados...

Yo...Fue sorprendente... Perdí las lágrimas... El don de llorar, ese don tan de mujeres... Los tanquistas saltaban de los vehículos en llamas, los cuerpos ardiendo. Humeaban. A menudo tenían los brazos o las piernas rotas. Estaban gravemente heridos. Me pedían: “Si muero, escriban mi madre, escriba a mi mujer...”. Yo no sabía hacerlo. No sabía cómo se podía comunicar la muerte de alguien... »Cuando fueron los tanquistas los que me recogieron a mí, con las piernas partidas, y me llevaron a una aldea ucraniana (por la zona de Kirovograd), la dueña de la casa en que se alojaba la unidad sanitaria lanzó el grito al cielo:

»—¡Ay, pero qué chaval tan joven!... »Los tanquistas se rieron.

»—¡Mujer, no es un chaval, sino una chavala!

Ella se sentó a mi lado y me escudriñó con la mirada, muy atenta.

»—¡Qué va! Es un chaval muy jovencito...»Yo tenía el pelo muy corto, vestía con mono; el casco, de chico. La mujer me cedió su camastro e incluso sacrificó un lechal para que me recuperara cuanto antes. No paraba de lamentarse:

»—¿Qué pasó? ¿Acaso os faltaban hombres para tener que coger a niños? A chiquillas...

»De sus palabras, de sus lágrimas... Por un tiempo, todo mi valor me abandonó, sentía tanta pena por mí, por mi madre. ¿Qué hacía yo allí, entre todos aquellos hombres? Yo era una chica. ¿Y si volvía a casa sin piernas? Lo que me pasaba por la cabeza... Los pensamientos... No los oculto...»A los dieciocho años, en la batalla de Kursk, me condecoraron con la Medalla al Servicio de Combate y la Orden de la Estrella Roja; a los diecinueve, con la Orden de la Guerra Patria de segundo grado. Siempre que llegaban los reemplazos (los chicos eran jóvenes), ellos por supuesto se sorprendían. Tenían dieciocho o diecinueve años, como yo, y me preguntaban entre burlas: “¿Cómo es que te han dado esas medallas?”, o bien: “Pero ¿de verdad has participado en un combate?”. Se mofaban: “¿Sabes que las balas pueden atravesar el blindaje?”. »A uno de esos después le tuve que vendar la herida en el campo de batalla, bajo el fuego enemigo, me acuerdo de su apellido: Schegolevatij. Le partieron una pierna. Mientras le ponía la tablilla, él me pedía perdón:

»—Perdóname, hermana, por haberte ofendido. A decir verdad, me gustas. »¿Qué sabíamos nosotros sobre el amor? Si alguno había tenido alguno, había sido el amor de colegio, y el amor

de colegio no deja de ser un amor infantil... Recuerdo que una vez los alemanes nos cercaron... Cavábamos la tierra con las manos, no teníamos nada. Ni siquiera palas... Nada... El cerco se iba estrechando, se acercaban, cada vez más y más. Lo decidimos: “Esta noche, o rompemos el cerco, o moriremos”. A mí me parecía que seguramente acabaríamos todos muertos... No sé si vale la pena que lo cuente... No sé...

»Nos camuflamos. Esperamos que llegara la noche para entrar en combate. El teniente, Misha T., estaba sustituyendo al comandante del batallón porque el comandante estaba herido. Tenía unos veinte años, se puso a recordar cómo le gustaba bailar, tocar la guitarra. Luego me preguntó:

»—¿Alguna vez lo has probado?

»—¿El qué? ¿Qué es lo que debería haber probado? —Tenía muchísima hambre.

»—No el qué sino a quién... ¡A una mujer!

»—Pero ¡qué dices!

»—Yo tampoco. Y ahora estamos a punto de morir sin haber conocido el amor... Esta noche nos matarán...

»—¿Eres imbécil o qué? —Por fin entendí a qué se refería.

»Nos moríamos por la vida aún sin saber qué era la vida. Solo habíamos leído de ella en los libros. A mí me encantaban las películas de amor...

»Los auxiliares sanitarios de las unidades de carros blindados morían pronto. Ni siquiera teníamos un sitio asignado dentro del tanque, íbamos encima, agarrándonos como podíamos al blindaje, con un único pensamiento en la cabeza: “Ojo con los pies, que no se me los traguen las orugas”. Había que estar alerta por si algún tanque ardía... Entonces saltar y correr, o arrastrarse hasta allí... En el frente éramos cinco amigas: Liuba Yasínskaia, Shura Kiseliova, Tonia Bobkova, Zina Latish y yo. “Las muchachas de Konákovo”, así nos llamaban los tanquistas. Y todas las chicas murieron...

»La noche antes del combate en que mataron a Liuba Yasínskaia, ella y yo pasamos un largo rato hablando. Era 1943... Nuestra división se acercaba al río Dniéper. De repente me dijo: “¿Sabes una cosa?, moriré en este combate. Tengo un presentimiento. He ido a ver al cabo y le he pedido ropa interior nueva, pero se ha portado como un tacaño, me ha dicho que ya me había dado un conjunto nuevo hacía poco. Quiero que por la mañana me acompañes a verle”. Intenté calmarla: “Ya llevamos dos años guerreando, las balan nos tienen miedo”. No obstante, a la mañana siguiente me convenció para que la acompañara, le suplicamos que nos diera un conjunto de ropa interior. Aquella camisa interior nueva... Blanca como la nieve, con unas cintas en el cuello... De pronto estaba impregnada de su sangre... Esa combinación de blanco y rojo, con la sangre bermeja, se grabó en mi memoria. Era exactamente como ella se lo había imaginado...

»La transportamos encima de una capa de lona entre las cuatro, de pronto pesaba mucho. Muchos compañeros perdieron la vida en aquel combate. Cavamos una gran fosa común. Los dejamos allí a todos, directamente, sin ataúdes —era lo habitual—, y a Liuba la pusimos encima. Yo no lograba entender que se había ido, que nunca más la vería. Se me ocurrió

que debería coger algo suyo como recuerdo. Llevaba un anillo, de qué era, si era de oro o no, no tengo ni idea. Pero lo cogí. Aunque los chicos intentaron impedírmelo: “Ni se te ocurra, es de mal augurio”. Cuando dábamos el último adiós, cada uno, según la costumbre, echaba un puñado de tierra, yo también lo hice, y el anillo se cayó ahí dentro, en la fosa... Junto a Liuba... Recordé entonces que ella le tenía mucho aprecio a ese anillo... Su padre luchó durante toda la guerra y regresó vivo junto a su mujer. Su hermano también volvió a casa. Todos los hombres de la familia volvieron... Pero Liuba murió...

»Shura Kiseliova... Era la más guapa de todas. Como una actriz. Fue reducida a cenizas. Estaba ocultando a los heridos graves entre las pilas de heno cuando abrieron fuego, y la paja prendió. Shura habría podido salvarse, pero para ello tenía que abandonar a los heridos... Se quemó junto a ellos... »Los detalles de la muerte de Tonia Bobkova los conocí hace poco. Hizo de escudo para el hombre al que amaba. La metralla vuela en fracciones de segundo... ¿Cómo lo logró? Salvó al teniente Petia Boichevski, le quería. Él sobrevivió.

»Treinta años después, Petia Boichevski vino a verme desde Krasnodar. Me encontró. Y me lo contó. Fuimos juntos hasta Borisov y encontramos el claro del bosque en el que Tonia había perdido la vida. Cogió un puñado de tierra de su tumba... Cómo besaba aquella tierra...

»Éramos cinco las chicas de Konákov... Yo fui la única que regresé con mi madre...

» Inesperadamente empezó a recitar los versos:

Subió al blindaje la muchacha, valiente:
está defendiendo a su Patria en el frente.
No teme las balas, no teme la metralla.
Su dulce corazón de ardor estalla.
Cómo recuerdo la belleza discreta
del día en que hube de verla muerta...

Me confiesa que lo compuso ella misma, durante la guerra. Sé que muchas de aquellas chicas escribían. A día de hoy, aún copian con esmero estos versos, enternecedores y sencillos, y los guardan en los archivos familiares. Su presencia en los álbumes de fotografías de la guerra —me los enseñan en cada casa— les aporta un aire de diario íntimo. Normalmente los diarios hablan de amoríos, aquí en cambio el tema es la muerte.

«Tengo una familia muy unida. Es una buena familia. Muchos niños, nietos... Pero yo vivo en la guerra, todavía sigo allí... Hace diez años encontré a mi amigo Vania Pozdniakov. Creíamos que estaba muerto y resultó que no, que estaba vivo. En la batalla de Prójorovka, su carro —él era el comandante— eliminó a dos tanques alemanes, luego estalló en llamas. Toda la tripulación murió, solo Vania salió con vida, sin ojos, cubierto de quemaduras. Le enviamos al hospital aunque no creíamos que sobreviviera. No le quedaba ni un cachito sin quemar. Toda la piel... Toda... la piel se le caía a jirones... Como una capa... Di con su dirección después de treinta años... Había pasado media vida... Recuerdo que subía las escaleras y me temblaban las rodillas: ¿será él o no? Abrió la puerta y me tocó la cara con las manos, me reconoció: “¿Nina, eres tú? ¿Eres tú?”. Después de tanto tiempo me reconoció...

»Su madre, una mujer muy vieja, vivían juntos, se sentaba con nosotros, lloraba. Me sorprendí.

»—¿Por qué llora? Dos compañeros de combate se han reunido, tiene que alegrarse.

»Me contestó:

»—Mis tres hijos se fueron a la guerra. Dos murieron, solo Vania volvió a casa con vida.»Vania regresó ciego. Ella le había llevado de la mano toda la vida.

»Le pregunté a él:

»—Vania, la última cosa que viste el campo de batalla de Prójorovka, el combate de tanques... ¿Qué recuerdas de aquel día?»¿Sabe lo que me contestó?

»—Lo único que lamento es haberme precipitado al dar la orden de abandonar el vehículo. Igualmente todos los chicos murieron. Todavía habríamos podido incendiar otro tanque alemán...

»Eso es lo que le da más pena... Hasta el día de hoy...

»Él y yo éramos felices en la guerra... Entre nosotros no había aún palabras. No hubo nada. Pero lo recuerdo... »¿Por qué sobreviví? ¿Para qué? Creo... Creo que para contarlo...»

El encuentro con Nina Yákovlevna continuó, pero ya por escrito. Después de transcribir la conversación y deseleccionar lo que más me sorprendió y conmovió, tal como había prometido, le

envié el texto. Unas semanas más tarde, llegó desde Moscú un pesado paquete certificado. Lo abrí: recortes de prensa, artículos e informes oficiales de la labor patriótica que realizó la veterana de guerra Nina Yákovlevna Vishnévskia en los colegios moscovitas. También estaban las páginas que le había enviado; de mi texto quedaba poco, tachaduras en cada párrafo: había eliminado las divertidas líneas sobre los cocineros que se lavaban en las ollas, e incluso el inofensivo: «Señor, señor, el otro señor me ha ordenado entregarle esto...». En las páginas que contaban la historia sobre el teniente Misha T. aparecían unos indignados signos de interrogación y anotaciones en los márgenes: «Para mi hijo soy una heroína. ¡Una diosa! ¿Qué pensará de mí al leer esto?».

En adelante me topé a menudo con estas dos verdades conviviendo en la misma persona: la verdad personal, confinada a

la clandestinidad, y la verdad colectiva, empapada del espíritu del tiempo. Del olor a rotativos. La primera de ellas rara vez lograba resistir el ímpetu de la segunda. Si, por ejemplo, en el apartamento de mi interlocutora había algún familiar o conocido, o un vecino (sobre todo un hombre), ella se mostraba menos sincera y hacía menos confidencias que si hubiéramos estado a solas. Se convertía en una conversación pública. Dirigida al espectador. Me resultaba imposible llegar a sus impresiones personales, chocaba contra una fuerte defensa interior. El autocontrol. La corrección era constante. Se podía rastrear perfectamente la relación de causa- efecto: cuantos más oyentes había, más estéril, más imposible era la narración. Mesuraban cada palabra, ajustándola al «como es debido». Lo horrible se volvía sublime; y lo oscuro e incomprensible del ser humano, explicable. De pronto me encontraba en el desierto del pasado, donde solo había monumentos. Los actos heroicos. Orgullosos e impenetrables. Fue lo mismo que pasó con Nina Yákovlevna: había una guerra que recordaba solo para mí, «te lo cuento como a una hija para que entiendas lo que nosotras, unas niñas, teníamos que soportar»; la otra estaba destinada a una audiencia numerosa, «tal como los demás lo cuentan y como lo describen los rotativos, sobre héroes y proezas, para educar a la juventud por medio de actuaciones ejemplares». Yo cada vez sentía más asombro ante esta falta de confianza hacia lo sencillo y lo humano, este deseo de sustituir la vida por ideales. El simple calor por el resplandor frío. No podía olvidar cómo las dos habíamos tomado el té en su cocina, sin ceremonias. Las dos llorando.